

XVI

LA INVASION.

El barón Noel era la exactitud personificada para sí y para los que estaban á sus órdenes.

Luciana, pasada al bando enemigo sin que lo supiese su señora, en atalaya hacia algunos instantes junto al muro del terrado, oyó á sus piés, en la playa, un agudo silbido.

La obscuridad de la noche no permitía distinguir á los que habian hecho la señal; pero Luciana respondió con tres palmadas.

A los dos minutos apareció una cabeza sobre la balaustrada de mármol blanco.

—¿Se puede entrar? dijo una voz.

—Sí.

—¿Germán?...

—Duerme.

—¿Y los otros?

—También. No despertarán hasta mañana.

—Bueno.

La cabeza se inclinó y dijo:

—Seguidme sin ruido.

Fué como un asalto de *reitres* de la Edad Media entrando por traición en un castillo.

Sólo eran siete los asaltantes de la quinta.

Juan María era el parlamentario de la hueste. Corentino Cleguer y Joson Cedion, el cojo le seguian.

Los cuatro restantes eran robustos criados de la casa de banca, altos como granaderos, consagrados al servicio de los Bresson y ayezados á obedecer sin chistar, toda consigna.

Las oficinas de las grandes casas de negocios están mejor organizadas que la prefectura de policía y tienen un personal irreprochable.

—¡Altol dijo Juan María á su tropa.

Y á su hermano:

—Ven conmigo.

Los dos bretones entraron en el pabellón de los jardineros, echaron al principal en su cama junto á Julia y les dejaron dormir el vino.

Cogieron luego al otro y lo llevaron á su habitación, de la cual cerraron la puerta.

—Ya los tenemos guardados, dijo, Juan María.

El escamoteo se hizo con la mayor limpieza.

Cuatro personas paseaban en el camino cerca de la verja.

Juan María la abrió, se apartó con respeto y dijo en voz baja.

—Entre usted, señor barón.

El barón Noel, imitando á Luciana, miró el reloj á la luz de las estrellas.

—Bien, dijo. Somos puntuales.

—Eran las nueve y diez minutos.

El baron había venido á Dieppe en un tren especial, adelantándose bastante al expreso que traía á los recién casados.

Nada hay imposible para los que pueden gastar mucho dinero.

El tren de Paris no llegaba á Dieppe hasta las diez menos veinte.

De la quinta se distinguió claramente el lejano silbido de la máquina y el ruido de los vagones al pasar por entre los prados y arboledas próximas á la ciudad.

De repente cesó el rumor.

En aquel instante Luciana era la única persona que estaba en pie en la espléndida casa de campo de los Bresson.

Hizo una visita á la pieza en que yacía Germán y al pabellón de los jardines.

Todo iba á pedir de boca.

Sus víctimas dormían profundamente con un sueño pesado y agradable, producido por los vapores alcohólicos é inofensivo narcótico sin gusto ni color traído de Londres.

Luciana, segura por esta parte, siguió paseando en aquellos encantados jardines, gozando con el mal que se preparaba con su cooperación.

El duque de Vaudrey, altivo para los inferiores, no había merecido sus simpatías.

Luisa Renaud quizá la hubiera ganado completamente, pero iniciándola sin reserva en sus secretos.

Vanidosa y rapaz, le había llegado al alma el si-

lencio que la baronesa había guardado desde la nefasta noche del 26 de Febrero.

Luciana no podía perdonarle que tratara de engañarla como á los demás; pues sin conocer con exactitud los detalles del drama, no ignoraba que la baronesa mentía al hablar del suicidio de su esposo en su habitación.

Había oído los disparos de revólver en la habitación de Luisa, y las breves quejas del infeliz banquero.

¿Quién había disparado?

No podía saberlo, ni, por consiguiente, decirlo, sin tener pruebas precisas para acusar del asesinato á la baronesa ó al duque.

Luciana creía que el crimen no se podía probar.

Pero asistía á los misteriosos preparativos que le hacían presentir una venganza del banquero.

La recompensa prometida y la curiosidad de quien ve representar una pieza cuyo desenlace desconoce, le causaba doble placer.

Sentóse en un banco y escuchó los ruidos del camino, por el cual, en aquella época del año, nadie pasa á tales horas.

La noche estaba hermosísima.

Reinaba profundo silencio.

A la derecha brillaban las mil luces de Dieppe y los faroles del puerto.

A la izquierda, el faro de Aily proyectaba á lo lejos su claridad deslumbradora.

En el fondo del parque la quinta de Bresson sólo presentaba dos puntos iluminados.

El vestíbulo y la escalera principal, y en el segundo piso las tres ventanas del cuarto de dormir y del tocador de la flamante duquesa.

Los ojillos rojos de Luciana brillaban maliciosamente al pensar lo que esperaba á los novios en la preciosa estancia.

Pronto alargó el cuello.

A lo lejos, en dirección á Dieppe, acababa de oír el ruido de un coche que se acercaba rápidamente.

No tardó mucho en detenerse ante la verja.

Luciana corrió á abrirla.

Las ventanas de la portería estaban completamente cerradas.

Ni Luisa ni su marido se fijaron en este detalle.

El duque dió dos luises al cochero, mientras la duquesa se dirigía al vestíbulo y Luciana cerraba la verja.

Luego dirigió alrededor una mirada de inteligencia.

—Grandioso y más espléndido de lo que yo suponía, dijo alcanzando á su mujer. Te felicito, Luisa.

—¿Sinceramente?

El duque se creyó obligado á ser galante.

El viaje en compañía de aquella mujer escultural, encarnación de la forma y de la elegancia moderna, más valiosa quizás que la de los modelos

clásicos, había despertado, si no su amor, que nunca lo había sentido, cuando menos sus deseos.

El cambio efectuado en su situación le devolvía, por otra parte, su libertad de espíritu.

Y bien mirado, Luisa tenía razón.

Habían dominado todos los obstáculos.

—¿Qué podían temer?

¿El pasado?

¿No estaba ya sepultado en los limbos del olvido?

¡Los muertos no saldrían de sus tumbas!

Uno dormía en su mármorea cripta al lado de su abuelo Napoleón el Grande; la otra había desaparecido en la inmensa laguna del Morbihan, en cuyo fango se sumergiría un ejército entero sin hallarla.

¿El porvenir?

¿Cuál más apetecible?

¡Suyos los millones amontonados por la dinastía de los Bresson, que le aseguraban contra todos los reveses!

Y suya, en fin, aquella mujer encantadora, inteligente, bella y activa, que le había escogido por su voluntad, cometiendo crímenes que sólo probaban la violencia de su amor y de sus ambiciones.

Tuvo un momento de alegría, un retroceso á las lozanías de su juventud, marchita por los cuidados que hacia tanto tiempo le asediaban, y al pie de la grandiosa escalinata abrazó á la duquesa por la in-

tura y murmuró á su oído algunas palabras amorosas.

La duquesa se desasíó y subió la escalinata.

El vestíbulo de la quinta es verdaderamente regio: un atrio de palacio del Renacimiento, de monumentales proporciones.

En el fondo, la doble escalera desarrolla sus graciosas curvas hasta el último piso, bajo una cúpula dorada de veinte metros de altura.

El duque lanzó una exclamación de entusiasmo.

La desposada subía lentamente.

Cuando llegó á la meseta de sus habitaciones, Luciana abrió la puerta, y apartándose para dejar al paso, le dijo con acento dulce y lisonjero, sin olvidar el cambio ocurrido:

—¿Me necesita la señora duquesa?

—No. Puede usted retirarse.

La señora de Vaudrey y su marido quedaron solos en el dormitorio de la recién casada.

XVII

LA CÁMARA NUPCIAL.

Era un nido de princesa, grandioso como el resto de la quinta.

Sus telas, cuyo color dominante era gris azulado con tintes rosa, tapizaban las paredes.

Nada de tonos chillones.

Todo era suave y grato á los ojos.

Nada los hería.

El lecho, grande y bajo, está acolchonado con el raso riquísimo que cubría las paredes y formaba los cortinajes.

El techo, decorado por Chaplin, pintor de las gracias voluptuosas, representaba un grupo de amores revoloteando sobre el cielo azul entre flores y nubecillas transparentes.

Todos los muebles eran preciosos.

El duque se mostró satisfecho.

—Vamos de bueno á mejor, hermosa duquesa, exclamó; esto es el Paraíso.

Luisa Renaud le miró fijamente.

—Así te quiero yo, dijo, amable y sonriente. Sí, ¡soy duquesa! ¡He logrado mi objeto! He conquistado mis grados como mi padre en el campo de batalla. Imita mi ejemplo. ¡No tengo ningún pesar! ¡Nada deseo! Podemos ser envidia y admiración del mundo, pero siendo discretos, olvidando lo pasado.

Se quitó el abrigo y lo echó sobre una silla.

Apareció ante los ojos de su marido en todo su esplendor de rubia con carnes de palpitante mármol.

Llevaba un traje azul de lino, descotado triangularmente por el pecho y la espalda, y desnudos los brazos de diosa, medio cubiertos por largos guantes de piel de Suecia sin botones.

El duque se había arrellenado en un gran sillón

cercos del lecho, cuya cabezera desaparecía bajo una verdadera cascada de raso, encajes y cordones de inestimable precio.

Hubiera podido decirse, según la trivial expresión, que aquel mueble le traía y le tendía los brazos.

Permaneció extasiado ante aquella mujer, á quien nunca habla visto tan hermosa y triunfante.

La llamó á su lado.

Ella se acercó con su natural arrogancia.

El duque le cogió las manos.

—Sí, le dijo con amorosa voz, tienes razón, Luisa, ó, por mejor decir, eres la razón personificada. ¿Por qué buscar en otra parte la felicidad que tengo en mi poder y que tú has tenido la generosidad de concederme? En esta habitación me creó un ahogado arrojado por mágico capricho á una playa encantada. He sido un insensato; he vivido mal. ¡Sin tí estaba perdido! ¡Tú me salvas!

La atrajo más cerca todavía.

—¡Tú me salvas—repitió.—¡No lo podré olvidar, pero quiero olvidar al mundo entero, el pasado, todo!

Ella le puso la mano en la boca.

—¡Cállate!—dijo.

El duque cubriéndola de besos:

—Y amarte siempre, á tí sola... dijo.

—¿Se te puede creer?

—Lo juro.

—Vanos juramentos.

—El porvenir se encargará de probártelo.

La duquesa hizo un gesto de duda y suspiró dulcemente.

Iban á unirse sus labios.

Detrás de los esposos se separaron lentamente los tapices y el duque se sintió separado de su cómplice.

Quiso saltar del sillón.

Un pañuelo de seda le tapó el rostro, mientras una cuerda le sujetaba al sillón, y cuatro manos pesadas caían sobre sus hombros.

El barón Noel apareció simultáneamente en la puerta del salón inmediato.

La duquesa, muda de cólera y de terror, retrocedió hasta la ventana que daba al mar.

Quiso abrirla y pedir auxilio.

La ventana resistió. Y además estaba defendida por una fuerte reja.

Corentino, Juan María y Joson salían del tocador, mientras los cuatro mocetones de la casa de banca guardaban su prisionero.

Renaudet y el conde Hugo de Plelau entraron á colocarse al lado de su amigo.

—Siéntese usted, Luisa, dijo friamente el barón. —La siniestra comedia que representamos ha durado demasiado tiempo y estamos en el último acto.

El duque no podía moverse.

Reconoció la inutilidad de sus esfuerzos.

—Esto es una emboscada—dijo la duquesa.— Dará usted cuenta de ella á la justicia.

El banquero sonrió amargamente.

—¡Oh! repuso, por experiencia sé que la justicia es impotente: por eso no me dirijo á ella. Creo que uno mismo arregla mejor sus negocios.

—Pero ¿qué es lo que usted quiere?

—¿No lo comprende usted? Es raro, porque tiene usted muy clara inteligencia.

—¿Pero, en fin?

—Vamos á juzgarles.

—¿Con qué derecho?

—Con el que me tomo, dijo el barón secamente. Basta de palabras.

La duquesa se ahogaba de ira.

El banquero fijó en ella una larga mirada en que había algo de lástima.

—Calma, Luisa. Imíteme usted, dijo.

—¡Buen ejemplo!

—Hace dieciocho meses que la tengo. Resígnese usted.

Luisa se dejó caer sobre un diván.

—Señor de Vaudrey, continuó el barón Noel después de una breve pausa; va usted á saber de que se le acusa. Tenga usted la bondad de escucharme.

El banquero hablaba con su acostumbrado aplomo.

El conde de Plelav, muy conmovido, miraba alternativamente, á los dos esposos.

Renaudet, sentado á la izquierda del barón, parecía el presidente de un tribunal de justicia dis-

puesto á hacer el resumen en una causa interesante.

El duque de Vaudrey, á fuerza de reflexionar, iba tranquilizándose poco á poco.

¿Qué podía hacer el barón?

¿Qué pruebas poseía?

Santiago Bresson no vendría á declarar como testigo.

Ivona estaba muerta, bien muerta. La había visto arrastrada por la corriente entre los remolinos de las esclusas de Laugou, con el pecho atravesado por tremenda puñalada.

No creía en milagros.

Por otra parte, estaba ya casado.

Los millones que Santiago Bresson había legado á su viuda, le parecían sin duda de ningún género.

El duque había leído el testamento, y recordaba perfectamente sus cláusulas.

Poseía, en fin, la carta en que Ivona le anunciaba su suicidio.

Nada, pues, podía temer de la justicia de los hombres.

La del barón no podía ser más que un espantajo inútil.

Luisa Renaud estaba menos tranquila.

Conocía al barón.

Para obrar con total seguridad, debía poseer alguna fuerza desconocida.

La duquesa se mordía los labios al pensar que

había caído incautamente en los lazos del banquero.

Presumía confusamente la traición de Luciana y no podía perdonarse el haber creído fácil el triunfo contra tan fuerte adversario.

¡Como se había engañado!

—Prevengo á usted, señor de Vaudrey, que es inútil que llame. Nadie puede cirnos. He tomado las necesarias precauciones.

—Protasto contra esta cobarde violencia, replicó el duque. Jamás me he negado á dar satisfacciones, y si se considera usted ofendido en algo, estoy completamente á sus órdenes.

Noel Bresson se encogió de hombros:

—¿Para qué? dijo.

—Pero.....

—¿Para un duelo?.....

—Sin duda.

—A los asesinos no se les concede ese honor.....

—¡Caballero!

—Se les ejecuta.

El duque de Vaudrey se puso lívido.

—Está usted loco, dijo.

—Estoy en mi sano juicio y voy á demostrárselo. Sírvase usted escucharme. Voy á explicarme tanto por usted como por las excelentes personas que me escuchan y que deben enterarse del asunto. Mi hermano Santiago murió el 26 de Febrero. ¿Lo recuerda usted?

—Continúa.

—Yo amaba cordialmente á mi hermano. Creo que su viuda no tendrá por que quejarse de nosotros hasta aquella noche trágica. A la mañana siguiente me avisaron. En el cuarto de Santiago todo estaba dispuesto para simular el suicidio. Pero este suicidio era inverosímil. Mi hermano no tenía para mí ningún secreto. Busqué, pues, la clave del enemigo, y para despistar á los culpables, fingí dar crédito á la fábula de su voluntaria muerte.

—¿A dónde va usted á parar?

—Va usted á saberlo. Gracias á la complicidad de un médico, amigo de la familia, la policía ignoró mis dudas. Debo hacer justicia á la habilidad de los culpables. La viuda manifestó un pesar que pudiera ser sincero. No lo era. Esa mujer, á quien mi hermano idolatraba, á quien había sacado de la pobreza para colmarla de bienes, tenía un amante..

—Caballero.....

—Yo ignoraba el nombre de ese amante. Para conocerlo me bastaba esperar. Los criminales suelen delatarse. El señor de Vaudrey estaba en tan absoluta ruina, que bien pudiera buscar tanto la fortuna como la persona de la baronesa Bresson, y ésta podía buscar en él tanto el título como la persona. Codicioso él uno, y vanidosa la otra, estaban en la mejor disposición para entenderse.

—Acabe usted, caballero, dijo con arrogancia el duque.

—Necesitaba pruebas. Tenía ya una. Pronto la conoceréis, pero deseaba otras. No se puede conde-

nar por simples sospechas. La casualidad me ha servido á maravilla. En vez de un crimen, he descubierto dos; más atroz el segundo que el primero. Le acuso, pues, señor duque, del asesinato cometido en la persona de mi hermano Santiago Bresson la noche del 26 de febrero, con una arma proporcionada por Luisa Renaud, coautora del crimen.

Calló el banquero.

—El conde de Pleau se puso de pie.

—Y yo, dijo, le acuso primero de haber seducido á una pobre joven á quien yo profesaba cariño de padre, y de haberla abandonado, aunque estaba en cinta. Estos hechos no constituyen delitos legales. No los mentaría, pues, si esta primera infamia no hubiera acarreado otra más odiosa. Le acuso de haber asestado una puñalada á Ivona Rebec y de haberla arrojado en seguida al estanque de Laugou para sustraerse á las consecuencias del crimen.

Anonadada por la precisión de estas acusaciones, Luisa Renaud bajó la cabeza.

Esperaba llena de mortal angustia.

Empezaba á comprender.

—¡Aburdo! murmuró el duque, ¿á qué había de cometer ese delito?

—Porque Ivona Rebec había sorprendido el secreto del asesinato del baron, y quiso usted, como los bandoleros de oficio, suprimir el temible testigo.....

Hubo un instante de silencio.

El duque se estremeció.

¿Cómo conocían el baron y el conde tan perfectamente los sucesos?

Luisa hizo un esfuerzo y vino en su auxilio.

—¡Pruebal dijo. No sé si sueño al oír tales calumnias. ¿Qué fin se proponen ustedes? Acabemos.

—Luciana sabía que su amante de usted estaba en el palacio de Bresson al ocurrir el asesinato.

—Esperaba ese nombre. Esa sirvienta debía venderse, ¿pero qué sabe? Nada. He tenido un amante. Sea. ¿Con qué derecho me lo echa usted en cara? Podría negarlo y lo confieso. ¿Pero prueba eso que haya cometido un asesinato? Y en cuanto á esa historia de la seducción y de la muerte de una aldeana loca de amor, vayan ustedes á contársela si se atreven, á los tribunales. ¿Quién podrá probarla?

—Yo, con permiso de usted, dijo Jason Cadion, no pudiendo contenerse.

—¿Usted? dijo la duquesa aterrada.

Rocordaba confusamente haberle visto en el camino de Laugou á Scaer.

El cojo siempre le salía al encuentro.

—¿Vive usted en Sozer? preguntó la duquesa.

—Por fortuna, contestó el lisiado, porque sin mi la pobre muchacha hubiera ido al fondo del estanque. Yo lo he visto todo: al señor de Vandrey arrojándola al agua y los caballos de la señora partiendo en seguida á galope.

—No pretenda usted negar, Luisa, dijo el barón. Sería inútil. La segufan y la vigilaban..... ¿Por qué se ha unido usted á ese miserable?

—Estaba muerta, replicó con furia la duquesa; se había matado. ¿No declaró á su padre y al conde de Plelau, que quería suicidarse?

—Lucha usted inútilmente, dijo el banquero haciendo una señal.

Juan María abrió las puertas del salón y entró Ivona.

Tenía su condenación ante la vista.

Luisa Renaud sofocó un grito y fijó obstinadamente los ojos en el suelo.

Ivona tenía fantástica blancura.

Su desceñido traje dejaba ver el pecho con una ancha cicatriz, sin curar todavía.

Parecía exangüe y próxima á perder el conocimiento.

—¿La reconoce usted? preguntó el banquero.

El duque calló.

Luisa se dió por vencida.

—¿Quería usted matarse? preguntó el barón á Ivona.

—Sí, respondió la joven con débil voz, apenas perceptible.

—¿Por qué?

—Mi padre me había arrojado de casa.

—¿Tenía usted un amante?

—Sí.

—¿El señor de Vaudrey?

—Sí.

—¿Iba usted á ser madre?

—Cinco meses después.

—¿Qué iba usted á hacer en el castillo de Langou el día del crimen?

—A dejar al duque, sin que me viese una carta en que me despedía de él y le perdonaba.

—¿Luisa Renaud se presentó con su cómplice en el sitio donde estaba usted oculta?

—Sí.

—¿Oyó usted el relato de la muerte de Santiago Bresson?

Sí.

—¿Quiénes fueron los autores?

—La baronesa dió el arma y el duque hizo los disparos.

—Se ratifica usted en lo que ha dicho?

—Sí.

—¿Qué ocurrió después?

—El duque oyó un ligero ruido. Vino á mi te condite y me sacó á la sala, donde estaba con la baronesa. Quiso obligarme á jurar que guardaría el secreto.

—¿Por qué se negó usted?

—Quería morir.

—Y entonces.....

—El duque me hirió. Después no sé lo que ha ocurrido.

—Nosotros lo sabemos: El duque y su cómplice la llevaron á usted á la calzada del estanque de Langou, al cual la arrojó, viva todavía, el duque. Joson Cadion la sacó á usted, y el conde de Plelau la ha salvado la vida al cabo de seis meses de temores y de esfuerzos. La herida de usted era pro-

funda y debía ser mortal. La presencia de Jason, que lo vió todo, fué un verdadero milagro.

—Señor de Vaudrey, continuó el barón, la prueba, como usted ve, es completa. Hubiéramos podido entregarlo á los tribunales, que le hubieran condenado á pena capital probablemente. Pero me desagradaba promover tamaño escándalo en torno de usted y de la mujer que ha llevado el apellido de mi hermano y el mio. La pena, por otra parte; hubiera sido de poca duración, y he imaginado otra que me satisface ampliamente.

El duque miró al banquero y esperó.

El barón Noel sacó de su cartera un papel en cuatro dobles, lo desplegó y dijo:

—Há aqui su castigo.

Sus ojos grises, fríos como la hoja de un puñal y penetrantes como una flecha, tenían una expresión indescriptible.

Aquel bretón de cabellos aplastados, pegados á las sienes, labios delgados, barba cuadrada, todo nervios y espíritu, miraba de arriba á bajo al duque con desdén supremo.

—Nosotros, dijo, vamos siempre á un objeto y nunca desmayamos. En medio de su emoción, de la amargura de sus desilusiones, Santiago supo donde debía herir á su enemigo. Por suprema intuición, comprendió lo que apetecía usted, duque sin ducado, vividor sin recursos, pródigo sin dinero; era su pingüe fortuna, y escribió los cuatro renglones que Renaudet va á leer, y arrebató de sus

manos el tesoro con que pensaba usted restaurar sus blasones. Lee.

El abogado tomó el papel y leyó marcando las palabras:

«Todas las donaciones hechas por mí á Luisa Renaud, mi mujer, quedan revocadas por causa de indignidad.

«Escrito, fechado y firmado de mi mano, en mi casa, el 25 de Febrero de 1883 á las doce de la noche.

«Firmado: *Santiago Bresson.*

La cosa es clara. Con estas cuatro líneas Rothschild, desheredaría á su sobrino, aunque este sobrino fuese su único heredero.

—¿Comprende usted? siguió el barón.—Ha querido usted la fortuna de Santiago y Santiago se la quita. Yo he creído que esto no bastaba. Ha querido usted su mujer, y ya la tiene. Se ha atado á usted con sólida é inquebrantable cadena. Pero es pobre: no tiene un céntimo, ni derecho á nada. Se creía rica. El mantenerla en su error, os ha atado uno á otro. Y ahora la echo de su palacio, de su casa, como la he echado de un corazón cuyas delicias hacía. La he amado con intenso cariño fraternal, y ahora la detesto con igual vehemencia. Vivid juntos en la pobreza y la deshonra. Santiago quedará vengado.

La duquesa permaneció anonadada con la cabeza entre las manos, clavándose las uñas en la carne.

El duque, aterrado, no hizo un movimiento.

El banquero se acercó á él y le dijo:

—Si tiene usted un resto de honor, hallará usted en ese cajón lo que le haga falta.

Y acercándose á Luisa:

—Si quiere usted salir de Francia—dijo—aquí tiene medio millón en billetes de banco. Le habia dado esta casa como regalo de boda, y no quiero retirar mi palabra. Esta casa es de usted, pero se la compro. Nadie se la compraría más cara. Le prometo silencio y olvido. Debe usted una gran cantidad á la banca Bresson, y se la perdono; pero á condición de que haga usted firmar á su marido este documento.

Dió á la duquesa un escrito redactado en estos términos:

«Me declaro autor del asesinato de Santiago Bresson y de la tentativa de asesinato de Ivona Rebec. Me comprometo á salir de Francia con la duquesa de Vaudrey y á no volver en veinte años.

La duquesa leyó la declaración con extraviados ojos, y acercándose al duque:

—¿Qué decidis?—le preguntó.

—Acepto.

—¿Cometerás esa cobardía?

—No hay más remedio. Estamos vencidos. Obedezcamos.

—Firma, pues, dijo la duquesa con disgusto.

Fué á buscar una pluma. Los mozos de la casa de banca desataron el brazo derecho del señor de Vaudrey, que firmó con rapidez el documento.

—Señores, dijo el banquero poniéndose en pie, nuestra misión ha terminado. ¡Adios, señor de Vaudrey!

Y con voz trémula de emoción, añadió:

—¡Adios, Luisa!

La duquesa bajó la cabeza,

Los dos esposos oyeron alejarse al barón y su acompañamiento.

Las llaves dieron vuelta en las cerraduras.

Las gentes de los Bresson aseguraban la retirada.

La cámara nupcial se quedaba por entonces convertida en cárcel.

Juan Maria arrastró á Corentino, que le seguía maquinalmente, aterrado por la escena de que acababa de ser testigo.

El ayuda de cámara de Santiago Bresson dió una vuelta por el piso bajo.

—Todos duermen, dijo Luciana, que se le reunió vestida ya para partir con los otros.

—¿Y Germán?

—Ronca como un bandito.

Corentino Cleguer se habia detenido junto á la verja y no daba un paso.

El barón Noel y sus amigos volvían á Dieppe, donde estaba preparado el tren especial que habia de llevarlos á Paris dos horas más tarde.

Corentino no se movía.

—Vamos, dijo Juan Maria.

—Aún no.

—¿Qué aguardas?

Corentino miraba las ventanas del segundo piso y el resplandeciente vestíbulo.

—Ese hombre es un asesino, dijo. Al barón puede parecerle el castigo suficiente; á mí, no.

—¿Qué quieres hacer?

—Mientras viva tendré un peso en el corazón, y entre Ivona y yo habrá un abismo infranqueable. ¡Ese hombre ha matado! ¡qué mueral

—¡Corentino!

—¡Déjame!

—¡Estás loco!

—Quizá. El espacio, la libertad, toda la tierra para él, es demasiado. Entre él y yo tiene que haber una sima de la que no salga.

Se precipitó hacia el vestíbulo.

—Juan María no pudo detenerle. Se le escapó de entre las manos y subió rápidamente la escalera.

Los dos bretones llegaron simultáneamente al primer piso.

Larga serie de pasillos tapizados se extiende á derecha é izquierda.

Corentino procuró orientarse y perdió tiempo.

Al fin halló el camino.

En el segundo piso abrió una puerta y entró en la antesala de la habitación de la duquesa.

Los dos hermanos oían rumor de voces y el ruido de una disputa en el departamento contiguo.

XVIII

MARIDO Y MUJER.

Después de partir el barón Noel y sus amigos, Huberto de Vaudrey y ¡Luisa Renaud quedaban solos.

El duque conservó al principio su actitud abatida y consternada.

Su quebrantado orgullo ni siquiera intentaba una lucha imposible.

¡Aquel bretón, cuyo bisabuelo era un miserable labrador que los antepasados del duque hubieran echado de su castillo á latigazos, con qué crueldad había preparado su venganza!

¡Era más fuerte que el duque y de otro temple!

—Ya te lo había dicho, comenzó con tono spero. Pero no quisiste hacerme caso. Ese hombre se burlaba de nosotros. ¡Ah, las mujeres! ¡Perdición segura! ¡Desgraciado del que se fia de ellas y las oye!

—¡Recriminaciones!—dijo Luisa con aire sombrío.—¿Para qué? Creíamos haber triunfado. Hay que reconocer la derrota. La suerte está en contra nuestra.

El duque no podía moverse.